

Para hacer relucir la Gran Manzana

NARRADORA: NANCY BERG

ANNETTE WILLIAMS HABÍA ESTADO RECIBIENDO ASISTENCIA pública (*welfare*) durante diez años cuando Joseph Pupello le ofreció un empleo con el Proyecto de Restauración de Nueva York (NYRP). Luego de servir voluntariamente durante los últimos cinco años como preceptora de lectura en las escuelas públicas de Nueva York y como auxiliar de jardinería, se dio a conocer como una trabajadora dedicada y confiable que era excepcionalmente amable con la gente. Durante siete veranos, trabajó con Joseph en Jardines Exitosos (Success Gardens), una organización sin fines de lucro que convirtió solares yermos en pequeños paraísos comunitarios.

Annette recuerda su primera reunión del NYRP con Joseph: fue en un parque abandonado. «Parecía una selva», cuenta. Viendo el área cubierta de malas hierbas y vagabundos que encontraban refugio provisional detrás del parque infantil, se preguntaba si ese lamentable retazo de tierra podría convertirse en un parque otra vez. Pero sólo un mes después, ella presenció lo que parecía un milagro: «La gente comenzó a regresar —cuenta Annette—. Los niños vinieron primero, haciendo preguntas sobre lo que hacíamos. “Estamos devolviéndoles su parque”, era todo lo que les decíamos».

Siendo ella también una madre de seis hijos en una zona financieramente afectada, Annette conoce la importancia de contar con lugares seguros para que los niños

jueguen: «Los niños hoy día no tienen lugares dónde jugar. Nuestras ciudades están llenas de cemento y nuestros parques, de drogadictos, de vagabundos, de perros sueltos. Los niños dicen “no tenemos nada que hacer”. No es sorprendente que se metan en líos». Gracias a Annette y a su equipo, ellos tienen ahora un lugar seguro adónde ir.

Después de un año en el NYRP, Annette fue ascendida a directora de campo, encargada de un equipo de cuatro empleados, veinte voluntarios de AmeriCorps, y de supervisar a treinta y cuatro miembros del Programa de Experiencia Laboral (cuyas siglas en inglés son WEP). Juntos son responsables de restaurar a su belleza original seis de los parques de la ciudad de Nueva York. «Los voluntarios de AmeriCorps son como mis hijos —dice—. Me he convertido en su madre, su hermana y su amiga. Son como mi familia». Gracias al trabajo con Annette, los miembros del WEP aprenden oficios y desarrollan su autoestima. Levantándose cada mañana y haciendo algo positivo por ellos mismos y por los demás, adquieren la confianza de que podrán llegar a obtener un verdadero empleo. «Sé cómo se siente estar recibiendo asistencia pública —admite Annette—. Es fácil paralizarse en el sistema». Ella alienta a la gente a empezar a salir de la asistencia pública ofreciéndose a trabajar de voluntarios «para que la gente pueda verte como algo más que una madre que requiere de la asistencia pública». Después de dos años, ella ha visto a cinco de su gente de Welfare to Work conseguir buenos empleos. «¡Uno acaba de casarse y conduce un Lexus!», dice alegremente.

La mayoría de la gente se sorprendería de descubrir que Annette Williams tiene una buena amiga y compañera llamada Bette Midler que fundó el Proyecto de Restaura-

ción de Nueva York. Ellas tienen más en común de lo que parece a primera vista: ambas mujeres tuvieron que aprender, de primera mano, a luchar para salir de la pobreza, pero mientras Annette pasó su niñez en el laberinto de concreto de Nueva York, Bette creció rodeada por la belleza de Hawai.

Mientras crecía en la Halawa, uno de los barrios más pobres de Hawai, Bette Midler y su familia eran los únicos no hawaianos en varios kilómetros a la redonda. Tratada casi como un paria cuando niña, se solazaba en la asombrosa e inspiradora belleza natural que la rodeaba. En el azul transparente del mar, la niña nadaba junto a los peces *kuma* con su color solferino intenso y a los peces papagayos de deslumbrante añil. Palabras como esmog y contaminación no tenían ningún significado para ella. Pensaba que el mundo entero era tan bello como Hawai. Cuando creció, hizo su primer viaje a Estados Unidos continental. Fue como si acabara de bajarse de alguna máquina del tiempo proveniente de una edad preindustrial. Estaba totalmente pasmada por el descuido con que la gente trataba la tierra.

Durante años Bette vivió en el sur de California, dedicada al desarrollo de su carrera. Posteriormente, ella y su marido Martin se mudaron a Nueva York para criar a su hija Sophie. En un sentido, la artista encontró un hogar espiritual allí. «Me encantan los neoyorquinos y yo soy como ellos —dice ella—. Soy bulliciosa. Tengo mis opiniones». Bette resume una energía y un vigor que ha llevado a la mayoría de los estadounidenses a suponer desde el principio que ella era neoyorquina.

Pero los desperdicios y la mugre de Nueva York la tomaron por sorpresa; la gente arrojaba la basura por las ventanas. Los otrora majestuosos parques de la ciudad

estaban llenos de desechos, de muebles viejos, incluso de tazas de inodoros abandonadas. «Amamos esta ciudad. La degradación era desgarradora e inaceptable —dice Midler—. Me di cuenta de que tenía que hacer algo. Aun si eso significaba tener que salir y recoger toda esa basura con mis propias manos».

Era obvio para cualquiera que hubiera caminado por los parques de la ciudad de Nueva York que se necesitaba un esfuerzo voluntario. La ciudad una vez había tenido 80.000 trabajadores en el Departamento de Parques para cuidar más de treinta mil acres de parques infantiles, bosques, centros de recreación, senderos, jardines y kilómetros de ribera. Las reducciones en fondos públicos eliminaron la asombrosa cifra de 77.660 de esos empleos. Con sólo 2.400 trabajadores, había sencillamente demasiados desperdicios, lanzamientos ilegales de basura y vandalismo para controlarlos todos.

Bette decidió llamar a su amigo Scott Mathes al Proyecto Ambiental de California, una organización que ha recogido más de 3,5 millones de libras de escombros en Los Ángeles desde 1989. Bette consiguió que Mathes la ayudara a crear un proyecto semejante en Nueva York. De allí nació el NYRP y fue provisto de fondos por una premier especial de su película *The First Wives Club* y \$250.000 que Bette sacó de su bolsillo.

Joseph recuerda su primer día como director del NYRP. Fue en el pequeño faro rojo que se encuentra debajo del puente George Washington. Midler estaba con el alcalde Rudolph Giuliani, algunos voluntarios y sesenta escolares del Alto Manhattan para comenzar a limpiar basureros, plantar árboles y sacar automóviles

enmohecidos en un empeño colectivo para rescatar los parques de Fort Tryon y Fort Washington y devolverles la belleza a varios kilómetros de la ribera del río Hudson. Desde entonces, con ayuda de los voluntarios de Ameri-Corps y del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, se han llevado más de cincuenta mil libras de desperdicios de los parques de la ciudad. «La divina Miss M. le aporta caché al proyecto, y ella realmente se ensucia las manos», dice Joseph. «Le muestra a los neoyorquinos que ellos pueden participar».

Cuando la gente le pregunta a Annette sobre su trabajo, responde con orgullo, «recojo basura». Ella encuentra que su trabajo con Bette es una verdadera alegría: «Bette es parte de nuestra gran familia — dice —. Ella tiene muy bien puestos los pies en la tierra y sencillamente hace su trabajo con su overol y sus tenis, mostrándoles a otros que hay un modo más limpio de vivir. La gente pasa junto a ella y la saluda, sin saber quién es. Y ella sigue trabajando como si nada».

Bette sí está dispuesta a usar su condición de ser una celebridad si consigue resultados, particularmente con los niños. «Desde que tengo uso de la razón, he visto campañas contra los desperdicios, pero nadie les hace caso». Midler se dirige a un grupo de niños, haciéndoles reír mientras se transforma en su famosa y extravagante persona. «Ellos tiran sus almuerzos al piso y allí se acaba el asunto. Y yo tengo que venir detrás y barrerlo todo y eso quiere decir niños que estoy sin resuello, que estoy muerta. Hay más basura de la que puedo recoger y si la dejamos que aumente no quedará ningún lugar para caminar; estaremos abriéndonos camino sobre montones de latas y botellas, acres de

cartones de huevos y océanos de envolturas de plástico. Por favor, les ruego, dejen de tratar a la tierra como si fuera un cenicero. Digánselo a sus amigos, a sus mamás, a sus niños, ¡sencillamente tenemos que parar! Realmente creo que si todos hiciéramos nuestra parte sería un mundo muy bello».

Organice un día de limpieza en su comunidad. Si quiere ayudar a embellecer los parques y ríos de la ciudad de Nueva York, llame al **New York Restoration Project** al 212-258-2333.